CAPÍTULO IV

El coronel don Matías Martín de Aguirre incendia los pueblos y haciendas de la comarca de Cóporo. - Situación angustiada de los independientes que guarnecen el fuerte de ese nombre. — Cunde entre ellos la intención de rendirse. — Convoca Rayón una junta de guerra. - Opina esta junta á fávor de la capitulación. - Síntomas de sublevación en los soldados del fuerte. - Rayón consulta con todos sus subalternos, quienes se inclinan á rendirse. — Capitulación firmada el 2 de enero de 1817. — Aguirre toma posesión del fuerte cinco días después. — Armas y pertrechos allí existentes. — El gobierno vireinal desaprueba la capitulación y luego vuelve sobre sus pasos obligado por el noble proceder de Aguirre. — Don Ramón Rayón, vuelto á la vida privada, se retira á la hacienda de Ocurio y luego á Zitácuaro. — Proclama de don Ignacio Rayón al saber la capitulación de Cóporo y cargos injustos que hace á su hermano (22 de enero de 1817). - Disposiciones del gobierno vireinal para recobrar la zona de Tehuacán. - Muévense contra este punto varias divisiones realistas. — Plan adoptado por don Manuel de Mier y Terán. — Ataca Hevia á Tepeji de la Seda defendido por don Juan Terán y se hace dueño de esta posición después de seis días de fuego incesante (6 de enero de 1817). — Bárbaro fusilamiento ordenado por Hevia. - Don Manuel Terán derrota á Lamadrid en Ixcaquixtla (1.º de enero). — Descalabro de don Manuel Terán al atacar las líneas sitiadoras de Tepeji. — Retírase el jefe independiente á Tepango. — Marcha en seguida contra la sección procedente de Oaxaca y la derrota en el trapiche de Ayotla (12 de enero). — El coronel Bracho avanza contra Tehuacán. — Entra Terán en esta ciudad y se apresta rápidamente á la defensa. — Terribles combates en el convento de San Francisco (19 de enero). — Es rechazado briosamente el batallón de Castilla. — Intenta Terán retirarse á Cerro Colorado durante la noche. — Impiden los realistas esa tentativa — Capitulación de Terán y de las tropas de Cerro Colorado (20 de enero). — Capitulación de Osorno en San Andrés Chalchicomula (11 de febrero de 1817). -Reducción de las Mixtecas. - Ocupan los realistas el fuerte de Santa Gertrudis. - Ríndese don Ramón de Sesma en el de San Esteban (10 de febrero). — Apodérase el brigadier don Melchor Alvarez de las fortificaciones de Silacayoapan (fines de febrero). — La campaña en el Sur. — Guerrero combate incesantemente en Piaxtla y Azoyú (fines de 1816 y primeros días de 1817). — Armijo derrota á varios subalternos de Guerrero (febrero de 1817).— Este último se defiende durante un mes en Xonacatlán contra fuerzas superiores.— Fuerza la línea de circunvalación (30 de marzo) - Sucesos militares en la provincia de Veracruz durante los primeros meses de 1817. -Montiel y los Coutos en Maltrata. — Expediciones de Hevia y Morán en el centro de la provincia durante los meses de febrero, marzo y abril. — Reñidos encuentros en el norte entre Victoria y los realistas Márquez Donayo y Armiñán (febrero y marzo). — Solicitan el indulto algunos defensores de la independencia en la provincia de Veracruz. — Representación que dirige al virey el abogado don José Sotero de Castañeda. — Vese forzado don Carlos M. de Bustamante á solicitar el indulto (8 de marzo). — De orden del virey es conducido en calidad de preso á la fortaleza de Ulúa. — Proclama del virey Apodaca concediendo nuevo indulto. — Sucesos militares en las provincias de Valladolid y Guanajuato durante marzo, abril y mayo de 1817. — Es sorprendido y muerto el general independiente don Víctor Rosales (20 de mayo).—Indulto de don Manuel Muñiz.— Participio que éste tomó en la prisión y muerte de Rosales.— Los independientes en la Mesa de los Caballos (provincia de Guanajuato). — Descripción de ese punto militar. — Lo ataca el coronel Ordóñez los días 4 y 10 de marzo (1817). — Terrible matanza que hacen los realistas al tomar esa posesión. — Prisión y fusilamiento del jefe insurgente Tovar en Sierra Gorda (15 de abril). — Llegada á Veracruz del mariscal de campo Liñán y del regimiento de Zaragoza (fines de abril). — El mariscal Cruz, llamado á la capital por el virey Apodaca, regresa á Guadalajara (9 de abril).

Continuaron en los primeros días de 1817 las victorias de las armas realistas que tan frecuentes fueron en los últimos meses del año anterior, y que Apodaca mandó festejar con tanta pompa en la capital. Hemos dejado en Cóporo á don Ramón Rayón, á quien sostenía la esperanza de que su hermano don Ignacio, después de su correría por el poniente y centro de la provincia, tornase con refuerzos y víveres que se habían agotado, tras largo asedio establecido por los enemigos. Recordaráse que á raíz del descalabro que allí sufrieron Llano é Iturbide en marzo de 1815, el gobierno vireinal dispuso la formación de una partida volante de quinientos á seiscientos hombres de todas armas que debía hostilizar á los sostenedores de aquel punto impidiéndoles que se proveyesen de víveres; y no habrá olvidado el lector que el coronel realista don Matías Martín de Aguirre, sucesor de Concha en el mando militar de Ixtlahuaca, había activado la campaña por ese rumbo, y que un miembro de la familia de los Rayones, don Francisco, cayó en sus manos y fué fusilado por su orden en los postreros días de 1815 1. El coronel Iturbide, al recibir el nombramiento de comandante en jefe del ejército del Norte, tuvo instrucción especialísima de evitar que se abastecieran los independientes de Cóporo, é igual recomendación hizo Llano al gobierno después de verse forzado á retirarse de aquel rumbo. Y esa misión devastadora la llenó cumplidamente el coronel Aguirre auxiliado por el comandante don Pío María Ruiz. No sólo mandaron quemar ambos jefes todas las sementeras en muchas leguas á la redonda, sino que también fueron devorados por las llamas los pueblos de Púcuaro, Santa Catarina, Ocurio y la Encarnación. Quedó convertida en desolado páramo la comarca de Cóporo, antes cultivada y fértil, y

¹ Capítulo XIII, pág. 463, y cap. XV, pág. 493, lib. II.

los constantes defensores del fuerte no tardaron en sentir la más extrema escasez de víveres y luego los horrores del hambre.

Alentaba á don Ramón Rayón, como hemos dicho, la esperanza de que su hermano volviese cuanto antes trayendo refuerzos y provisiones, pero ya en el capítulo anterior dejamos indicadas las contrariedades con que este general hubo de luchar en su temeraria y casi desesperada correría. No sin fundamento se había opuesto don Ramón á su salida, pues preveía, y los hechos lo comprobaban diariamente, que ella tendría por consecuencia la rendición del hasta entonces inexpugnable Cóporo. Enviábale correo tras correo urgiéndole á que regresase cuanto antes, pero los emisarios salidos del fuerte eran aprisionados por los realistas ó hallaban al general Rayón huyendo de las diversas partidas destacadas en su seguimiento.

Insostenible era ya la situación de los defensores en los últimos días de 1816. Convencidos de que no llegaría el auxilio que esperaron durante varios meses, atormentados por el hambre, afligidos por el espectáculo de tanta miseria, pues que también la sufrían extremada las familias que se habían refugiado en el fuerte huyendo de las tropelías de los realistas, y estimulados por el ejemplo de Epitacio Sánchez, Vargas y otros comandantes que se habían acogido al indulto, no es de extrañar que en la mayor parte de los oficiales y soldados de Rayón decayera el ánimo y tomara creces la resolución de rendirse.

"La astucia española, dice el historiador Bustamante, supo espiar estos momentos para aprovecharse de ellos y sacar el mejor partido, ya por amenazas, ya por promesas... Alguno de los oficiales estaba indultado en secreto y aguardaba el momento de pasarse al enemigo; toda demora le causaba inquietud; comunicóse ésta naturalmente á la tropa y cada día se aumentaba con las cartas que recibían del campo enemigo. Rayón logró interceptar un correo y supo entonces toda la verdad. En tal conflicto, relajada hasta lo sumo la disciplina, comenzaron los corrillos, las murmuraciones y también las deserciones, habiendo día en que veinte soldados abandonaron las filas. Agréguese á esto que en la caja militar de Cóporo no había un real con que entretener y halagar la codicia de unos y saciar la necesidad de otros." Alrededor de Cóporo se hallaba la división de Aguirre engrosada con numerosas fuerzas de realistas, procedentes de los pueblos inmediatos, y según afirmó este mismo jefe años después en un documento muy honroso para don Ramón Rayón 1, el sitio que estableció fué tan estrecho que durante dos meses no entro en el fuerte auxilio ninguno.

No era posible resistir más tiempo, por lo que Rayon convocó á sus oficiales á junta el 31 de diciem-

bre (1816), y después de exponerles con franqueza la situación los excitó á resolver en caso tan importante y difícil. Todos convinieron en la necesidad de capitular, excepto el padre Araujo, que se opuso tenazmente, diciendo que era preferible morir luchando con las armas en la mano. Aplazó Rayón la resolucion definitiva para el siguiente día abrigando la esperanza, aunque remotísima, de que su hermano don Ignacio apareciese con el auxilio tan ardientemente deseado. "Pero entendido esto por los del fuerte, dice Bustamante, ya conspiraron directamente contra su vida. Rayón, informado de todo por algunos fieles amigos, recogió el santo y seña, prohibió que saliesen patrullas, y se refugió en un baluarte para asestar desde allí la artillería sobre los que se rebelasen. Así pasó la noche del 1.º de enero de 1817. Al día siguiente convocó nueva junta, y aunque la opinión fué conforme con la de la reunión anterior, Rayón no quiso decidirse sin explorar la voluntad de los soldados, quienes por medio de sus cabos dijeron que consentían en capitular 1."

Seguro ya del sentir de todos sus subordinados, Rayón les presentó la capitulación que desde el día anterior había ajustado con los realistas, enviando al efecto al campo enemigo á don Apolonio Calvo, provisto de las competentes instrucciones. Esta capitulación, que fué firmada por el jefe realista, el comandante de Cóporo, el abogado don Ignacio Alas, que había sido miembro del poder ejecutivo, y los oficiales del fuerte, dice así:

«1.º La plaza se pondrá á disposición del coronel don Matías Martín de Aguirre con sus armas y municiones, dejando en libertad á don Ramón Rayón para disponer de los víveres que tiene en favor de su tropa.

»2.º Todos los intereses de los habitantes de Cóporo serán respetados, y las personas tratadas con toda la consideración posible, sin permitir que sean insultados,

mofados ni ultrajados en manera alguna.

- »3.° Se entenderán comprendidos en esta capitulación, si quisiesen adherirse á ella cuando llegue á su noticia, no sólo los que actualmente residen en Cóporo, sino todos los dependientes de la plaza, aunque se hallen ausentes de ella: teniéndose por tales los hermanos de Ramón Rayón y sus familias, la tropa y domésticos que los acompañan, los sujetos militares ó paisanos que por comisión ó cualquier otro motivo estén fuera, y que sean subalternos ó dependientes de la plaza, y en todo se les aplicarán los artículos que hablan de los habitantes de Cóporo.
- »4.º Los que quisiesen permanecer en esta América, ó cualquiera otra posesión del rey de España, tendrán libertad para retirarse á sus casas, ó tomar la carrera que gusten, sin que se les obligue á tomar las armas contra su voluntad.
- »5.º Los desertores de la tropa del gobierno de México que se hallen en la de Cóporo, ó que decididos

¹ Véase en el Cuadro histórico de Bustamante, tomo III, página 432, el certificado extendido por don Matías Martín de Aguirre en Matchuala el 8 de noviembre de 1823.

¹ Bustamante. — Cuadro histórico, tomo III, págs. 427 y 428.— Alamán sigue en lo sustancial á Bustamante, aunque dice que don Matías Martín de Aguirre, durante el asedio de Cóporo, procuró captarse la voluntad de los habitantes de la comarca. Ya hemos dicho que ese jefe incendió y taló no sólo las sementeras, sino los pueblos vecinos, y estos medios no parecieron de seguro muy amistosos á los infelices habitantes de aquel rumbo.

por el partido americano residen en la plaza, ó de cualquier otro modo son dependientes de ella, serán tratados con igual consideración á los demás, sin hacerles

cargo en ningún tiempo de la deserción.

»6.° Los religiosos y demás eclesiásticos quedarán en entera libertad; los primeros para regresar á sus respectivos conventos, dándoseles el correspondiente pasaporte, y en él suplicando á sus respectivos prelados no se incomode en manera alguna sus personas, sino que sean tratados con toda consideración, como unos individuos que merecen toda la protección del rey.

»7.º Los que hayan estado procesados por infidencia antes de mezclarse en la insurrección, no serán molestados en lo sucesivo por esta causa, ni sus fiadores

obligados á responsabilidad alguna.

»8.° Ninguno de los individuos que comprende la capitulación será procesado, ni molestado á pretexto de perjuicio hecho á tercero mientras ha sido americano.

»9.° Todos los comprendidos en esta capitulación harán juramento de fidelidad al rey, y nunca para los ascensos de las respectivas carreras que tomen se tendrá consideración al partido que han seguido en la revolución; sino que se premiarán conforme al mérito que con sus respectivos servicios sucesivos adquieran.

»10. El gobierno de México garantiza el cumplimiento de estos artículos empeñando la palabra del rey con todas las formalidades convenientes, y esta capitu-

lación se insertará en los papeles públicos.

»Y para que conste, y todo lo tratado tenga el efecto debido, lo firmaron el comandante y oficialidad de Cóporo, y el coronel don Matías de Aguirre, quien, en virtud de las facultades con que está autorizado, empeña la palabra del rey, prometiendo se cumplirán puntual y exactamente todos y cada uno de los artículos acordados, y dar á los interesados que le pidan una copia autorizada de este instrumento para que hagan de ella el uso que les convenga, y la firmó en Laureles, enero 2 de 1817.—Matias de Aguirre, Ramón Rayón, Lic. Ignacio Alas, Vicente Retana, Rafael Ordaz, Fr. Manuel Saucedo, Miguel Gutiérrez, Bachiller José Maria González, Fr. Ignacio de San Luis, Fr. José Lorenzo, Rafael Garcia, Ramón Rubio, Mariano Castañares, José Esteban Aguirre, Francisco Ledesma, Pedro Rodríguez, José Maria Villasana, Vicente Castro, Basilio Torres, Mariano Arroyo, Pedro Patiño Gallardo, Tomás Betancourt, Pedro Garcia, Luciano Muñoz, José Antonio Vega, Luis Canseco, José Felipe Araujo, Tomás Polanco, Juan Nepomuceno Garcia, Antonio Calvo, Antonio Rivera, Ignacio Pastrana, Manuel Medina, Gregorio Muñoz, José Hernández, José Ignacio Gómez, Pedro María Heredia, Luis Paredes, Francisco Tafor, Antonio Montión, Miguel González, Agustín Pelayo, José Carrillo, Juan Bautista Gaubay, Francisco Olvera.»

Cinco días después, el 7 de enero, Aguirre entró en el fuerte á la cabeza de sus numerosas y disciplinadas tropas, observándose en el acto de la entrega de las fortificaciones y del material de guerra los usos y costumbres admitidos para tales casos por los pueblos cultos. En virtud de la capitulación, los realistas recibieron treinta piezas de artillería de diversos calibres, mil doscientos tiros de cañón, cincuenta y dos mil de fusil, setecientas arrobas de pólvora y gran cantidad de otras municiones y útiles de maestranza, así como también veinticinco cañones de madera forrados de

cuero. Pero no hallaron víveres ningunos, y para alimentar á trescientos cincuenta soldados que acababan de capitular, así como á más de mil individuos de todo sexo y edad que allí se habían refugiado, todos macilentos y demacrados, fué preciso que el jefe realista ordenase la conducción violenta de provisiones que salvasen de los horrores del hambre á tantas personas allí congregadas.

Aguirre fué premiado con el empleo de coronel efectivo del ejército, pero el gobierno vireinal desaprobó la capitulación que había concertado con Rayón y los demás jefes del fuerte de Cóporo, llevado del propósito de que no se debía tratar á los independientes como beligerantes ni reconocérseles los derechos que en esta calidad les concedieren los comandantes de las divisiones. Herido en lo más vivo el pundonor del valiente Aguirre, contestó al virey enviándole su dimisión del empleo militar que servía "y que sólo había admitido, decía, obligado por las circunstancias." Este levantado proceder impuso á Apodaca, quien se apresuró á satisfacerle, asegurándole que la capitulación sería cumplida en todas sus partes, aunque no publicada oficialmente 1. Ya hemos visto también en el capítulo anterior que los convenios ajustados con los bravos defensores de Mexcala, quizás más amplios y favorables, no fueron nunca publicados ni Cruz hizo mención de ellos en la comunicación que dirigió al gobierno, momentos después de pisar aquella famosa posición.

Don Ramón Rayón, vencido pero no humillado y sin que mereciese las ambiguas aserciones de algún escritor partidario del absolutismo ², se retiró á la hacienda de

ALAMÁN. — Historia de México, tomo IV, pág. 513.

«Certifico que hallándose el ciudadano Ramón Rayón de comandante en el fuerte de Cóporo, traté, por orden del gobierno que regía el año de 14, de entrar en contestaciones con él, á fin de que entregáse el expresado fuerte, y nunca quiso acceder, por cuya negativa, y cumpliendo con lo que se me mandaba, traté de ganarle todas las fuerzas exteriores, y al efecto, entre varias divisiones que dispuse, fué una á las órdenes del coronel don Juan Amador, y á poco tiempo salí yo con otra, con la idea de poner sitio sin exponerme á acción de guerra.

» El resultado, después de un mes de ocupar el territorio de la circunvalación de Cóporo y de habérseme presentado á indulto más de dos mil hombres de armas, inclusos los del valle de Quinceo, fué estrechar el fuerte en términos que no pudiese entrarle auxilio alguno, para lo que contaba, á más de las fuerzas que estaban á mis órdenes, con las de los pueblos inmediatos. Así sucedió, y pasado otro mes de sitio riguroso entabló conmigo los tratados de capitulación de que debe tener copia el citado Rayón. A este ciudadano le propuse empleo y remuneración al convenirnos, pues antes por su mucha delicadeza no lo había tenido por conveniente; todo lo despreció para st y sus subordinados, y aun puso por condición que á ninguno se había de obligar á tomar las armas, ni aun á los desertores de los cuerpos del ejército.

² Don Lucas Alamán, al reférir la rendición de Cóporo, dice lo siguiente: «Don Ramón Rayón se retiró á la hacienda de San Miguel Ocurio, que tomó en arrendamiento, hasta que, perseguido por los insurgentes de Zitácuero, en donde levantó para defensa del pueblo una compañta de realistas de que fué nombrado capitán: después se le dió este mismo empleo en el ejército con el grado de teniente coronel ..» La afirmación de Alamán hace aparecer á Rayón bejo un aspecto poco favorable, pero afortunadamente para el buen nombre de ese distinguido patriota existe un documento que atenúa sensiblemente la asercion de Alamán. Este documento, que el historiador ya mencionado debió conocer, porque Bustamante lo publicó en su Cuadro histórico, tomo III, pág. 432, edición de 1844, es un certificado del mismo coronel Aguirre que dice lo siguiente:

San Miguel Ocurio, que tomó en arrendamiento para atender á las necesidades de su crecida familia. Perseguido en este retiro por algunas partidas de los mismos insurgentes, se refugió después en Zitácuaro, donde levantó para su resguardo personal y de la población una fuerza de cuarenta hombres, cuyas atribuciones nunca fueron otras que las de atender á la conservación de la seguridad, pues ni el gobierno intervino en la formación y servicio de esta pequeña fuerza, ni Rayón obtuvo despacho militar, y tampoco disfrutó ni exigió sueldo. Pero el mayor golpe que á su reputación hubiera de asestarse, lo descargó su hermano el general don Ignacio Rayón, quien sabedor en las cercanías de Jaujilla de que Cóporo había capitulado, publicó una vehemente proclama el 22 de enero, en la que, aparte de animar á los independientes á seguir luchando, dirigía graves cargos al que había sido valiente y sufrido jefe de aquel fuerte:

"Cóporo fué vilmente entregado, decía, y podemos contar con tantos Cóporos inexpugnables cuantos sean los pechos de los fieles americanos que me acompañan, que son muchos, sin reservar los de la cábala, superchería y traición del astuto gachupín y sus secuaces. Pues ánimo, valientes guerreros de Anáhuac, vosotros hallaréis siempre á vuestro más antiguo general y compañero en el camino del honor y en lo más apurado del peligro: no presumáis que el verme desconceptuado por un ingrato hermano, sin familia y perseguido, me haga variar de sistema y resolución; todo esto es nuevo estímulo de mi entusiasmo. No desconfiéis por las desavenencias interiores, porque este golpe desvanecerá el

»A mi entrada en Cóporo encontré tanta escasez de víveres, que para el día y noche siguiente tuve que introducir maiz y otras cosas indispensables, pues sólo tenía una poca de carne, de manera que á no haber capitulado en aquel momento, al día siguiente habría sido abandonado por su tropa por la falta de recursos en que vivía.

»Concluída la capitulación y falto de arbitrios con que subsistir el señor Rayón con su numerosa familia, tomó en arrendamiento la hacienda de San Miguel Ocurio, y aun contribuí yo mismo con el interesado para que se le diera, por la pobreza en que se hallaba, y conseguida, vivió en ella hasta que perseguido fué obligado á entrar con su familia en Zitácuaro, y para su resguardo formó una compañía de cuarenta hombres, de que se le nombró capitán; pero no tuvo despacho de tal, ni disfrutó sueldo, ni lo reclamó, hasta que pasó á Valladolid, donde se le mandó dar por el virey el de capitán de caballería.

»Nunca denunció á persona alguna de las que conocta y debta conocer, ni de las que á sus órdenes habían servido á la causa de la independencia; por el contrario, siempre imploró y defendió á cuantos pudo, y este pensamiento me lo indicó desde los días de la capitulación, cuya loable generosidad le aprobé, y muchos deben de existir de los que lograron su favor.

»He oido decir que por cantidad de pesos me entregó el fuerte; es falso cuanto por el particular se diga, y lo pueden comprobar los ciudadanos Joaquín Parres, que entonces era mi secretario, y Joaquín Pavía, tesorero de mi división, por cuyo conducto se satis-

facian los presupuestos y gastos.

»La capitulación de Cóporo nada le costó por regalía al gobierno que entonces regia, y yo por mí, después de concluído el convenio, gratifiqué al oficial primero que entró en contestaciones, con un corto plantío de caña para que pagase un pico que debía (me parece que á don Ignacio Izazaga ó á don Ignacio Urbizu, en tierra de Laureles ó de Orocutín, con conocimiento del dueño de la hacienda), y según guardo especies, después que me retiré de la demarcación de Zitácuaro á Valladolid se lo volvieron á quitar.

»Todo lo expuesto es verdad, bajo mi palabra de honor, y lo extiendo á petición del interesado para lo que le pueda convenir. — Matehuala, 8 de Noviembre de 1823. — Matias Martin de Aguirre.»

celo de los comandantes, y su confianza en quien ha dado innumerables pruebas de su patriotismo 1."

Asaz injustos eran los cargos y calificaciones que hacía el general don Ignacio Rayón en esa proclama, pues él mejor que nadie sabía cuán angustiada era la situación de los defensores de Cóporo por falta de víveres, ya no en la fecha de la capitulación sino tres meses antes, época de su salida para el occidente de la provincia (Valladolid); y nadie podía levantar la voz con menos autoridad para condenar los convenios de Cóporo que el mismo jefe superior de aquella posición, que abandonándola en momentos críticos había gastado tiempo, recursos y elementos en la estéril empresa de constituir un gobierno de que él mismo se proponía ser jefe y director, propósito persistente de ese general mientras tuvo las armas en la mano, y que si le abonaba como partidario de un orden gubernativo regular, fué también asidero para que sus correligionarios le acusasen continuamente de solapada ambición. Y para hacer más notoria la injusticia de Rayón, al calificar la entrega de Cóporo, basta citar lo que decía Aguirre en un certificado que expidió alguna vez, á petición del que fué jefe de aquel fuerte al ser rendido á los realistas: "A mi entrada en Cóporo encontré tanta escasez de víveres, que para el día y noche siguientes tuve que introducir maíz y otras cosas indispensables, pues sólo había un poco de carne, de manera que á no haber capitulado en aquel momento, al día siguiente lo habría abandonado su tropa por la falta de recursos en que vivía 2. "

Al mismo tiempo que caía vencida la célebre posición que dió tan merecido renombre á los Rayones, nuevos combates en la región oriental anunciaban que el gobierno vireinal atendía también á recobrar la zona en que se había sostenido Terán por tanto tiempo. Desde los últimos días de diciembre del año anterior (1816) se movieron varias divisiones realistas por orden de Apodaca, con instrucción de embestir y ocupar sucesivamente todos los puntos avanzados de los independientes que reconocían como centro á Tehuacán. La sección de Oaxaca, al mando de Obeso, salió con dirección á Teotitlán; Lamadrid y Samaniego se movieron á través de la Mixteca para apoyar la marcha y las operaciones de una fuerte división, que al mando de Hevia salió de Puebla con el propósito de atacar á Tepeji de la Seda, defendido por don Juan Mier y Terán, con doscientos cincuenta hombres y tres cañones pequeños; y una columna de muy buenas tropas organizada en la misma capital y puesta á las órdenes del coronel don Rafael Bracho, se encaminó también hacia el Oriente con

¹ Véase esta proclama en la Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo VI, págs. 960 y 961.

² Certificado del coronel don Matías Martín de Aguirre, citado en nota anterior. Véase también, en la exposición que la Junta de premios dirigió al poder ejecutivo en 12 de enero de 1824 (Cuadro histórico de Bustamante, tomo III, págs. 434 á 436), el elogio de don Ramón Rayón y el juicio reposado y justo que hizo dicha Junta de la conducta de este jefe al firmar la capitulación de Cóporo.

orden de avanzar por Tepeaca, Tecamachalco, Tlacotepec y Tepango, y de atacar á Tehuacán y Cerro Colorado á favor de los movimientos de las otras divisiones realistas.

El plan, como se ve, había sido perfectamente combinado, y don Manuel Terán, que no tardó mucho en comprenderlo y cuya situación era dificilísima, adoptó á su vez el único que le permitían las circunstancias: disputar el terreno palmo á palmo, colocarse entre las divisiones que marchaban en su contra para atacarlas, á cada una separadamente, y buscar un resultado importante en la serie de sucesos que estos movimientos produjeran. Esta campaña de diez y nueve días fué una de las más interesantes de toda la revolución, como dice un historiador ¹, y honra sobremanera al general Terán.

La división mandada por el sanguinario Hevia, á la que se incorporó la fuerza que había guarnecido á San Andrés á las órdenes de don José Morán, apareció á la vista de Tepeji el 30 de diciembre (1816). Al día siguiente estableció una batéría, protegida por una trinchera de sacos de tierra, y desde la mañana del 1.º de enero de 1817 dirigió sus fuegos contra el viejo y ruinoso convento, defendido por don Juan Terán con la pequeña fuerza de que ya hicimos mención. La de Hevia ascendía á mil quinientos hombres de las tres armas, con un tren de artillería de batir 2, y la columna de Bracho cubría su retaguardia, situándose entre Tecamachalco y Tlacotepec. Deșde el 1.º hasta el alba del 6 de enero los cañones de Hevia acribillaron con sus tiros el convento y los reductos que apoyándose en ese edificio habían construído los independientes; el fuego de éstos también fué vigoroso, pero viendo su jefe que todas las obras exteriores estaban por tierra, abiertas dos grandes brechas en los muros y disminuída su escasa tropa, abandonó á Tepeji en la mañana del día 6, "batiéndose, dice el mismo don Juan Terán en una carta que escribió ocho años después, y quitando la gana al enemigo de que lo persiguiese, llevando la satisfacción de haber cumplido con su deber hasta el último extremo, y de haber impuesto al coronel Hevia á tal grado, que no se atrevió á dar el asalto por la brecha enorme que abrió su artillería... Entre los que se distinguieron en la defensa, debe citarse don Francisco Gaitán, quien con los bravos soldados de su compañía arrostró el terrible fuego que se dirigía á la posición que le estaba confiada, la cual sostuvo hasta lo último, no obstante que muchos de sus soldados murieron bajo los escombros del fortín." Antes de retirarse, escribió don Juan Terán una carta al coronel Hevia en la que le recomendaba, en nombre de la humanidad, á un artillero insurgente herido de

ambas piernas por una bala de cañón, y á quien no era posible llevar en su retirada violenta, añadiendo que en cambio de la vida del herido le dejaba en Tepeji tres prisioneros que pocos días antes habían caído en sus manos. Hevia no se conmovió por este rasgo caballeresco ni por la situación del infeliz artillero, y mandó que arrancándole de su lecho de dolor, fuese desde luego pasado por las armas. Igual suerte sufrieron algunos vecinos de Tepeji, y concluídos estos actos sangrientos, Hevia dejó en el pueblo una guarnición de cien hombres y contramarchó á Tepeaca.

Don Manuel Mier y Terán, en tanto que su hermano se preparaba á sostener el ataque que hemos referido, había llegado con quinientos hombres á San Juan Ixcaquixtla, punto distante tres leguas y media de Tepeji. Al mismo tiempo (1.º de enero) Lamadrid, al frente de la vanguardia de la sección que él y Samaniego traían de la Mixteca, se incorporó á la tropa sitiadora comandada por Hevia, quien noticioso de la aparición de don Manuel Terán en lugar tan próximo, ordenó á Lamadrid que inmediatamente saliese á atacarle. Formáronse los independientes sobre dos lomas, y en el centro colocaron la caballería de Osorno; en esta disposición esperaron á los realistas, con quienes trabaron reñidísima refriega que duró tres horas. La noche separó á los combatientes, pero Lamadrid tuvo mayor número de muertos y heridos, contándose entre estos últimos el conde San Pedro del Alamo, perdió uno de sus cañones, y al retirarse al campo de Hevia fué perseguido tenazmente por la caballería de Osorno.

Engreído con esta notable ventaja, decidió don Manuel Terán auxiliar á su hermano atacando á los que le sitiaban, y en consecuencia, á las dos de la mañana del 4 de enero, su caballería á escape y espada en mano cayó sobre la línea establecida por Hevia alrededor del convento de Tepeji. Pero este vigilante coronel había previsto el golpe y recibió á los asaltantes con un nutrido fuego de cañón que los desordenó desde luego y acabó por ahuyentarlos. Terán, que estuvo á punto de caer prisionero en este combate, se retiró á Tepango, donde se le unió su hermano don Juan, quien como hemos dicho antes se vió forzado á salir de Tepeji en la mañana del día 6.

Estrechábase el círculo formado por las tropas realistas alrededor de Terán, y atento éste á cubrir á Tehuacán y Cerro Colorado, ordenó violentamente á la guarnición de Teotitlán que abandonando este punto marchase á reunírsele. Por ese motivo la sección realista que avanzaba de Oaxaca, fuerte de seiscientos hombres y mandada por el coronel don Manuel de Obeso, entró el 10 de enero en esa importante posición sin vencer ninguna resistencia. Pero Terán se arrepintió muy pronto de aquella disposición, y se puso él mismo en movimiento para contener á Obeso. Unido á la guarnición que acababa de salir de Teotitlán, marchó rápida—

¹ ALAMÁN. — Historia de México, tomo IV, pág. 515, edición de 1851.

² Véase carta escrita por don Juan Terán á don Carlos María de Bustamante y publicada en el Cuadro histórico de este último, tomo III, págs. 395 y siguientes.

mente hacia el camino de Oaxaca, rodeó á Teotitlán sin atacarle, y en la tarde del 11 de enero se situó en el trapiche de Ayotla, es decir, á la retaguardia de Obeso y con la aparente intención de avanzar hacia Oaxaca. Su plan estaba hábilmente pensado, pues así obligaba al enemigo á atacarle en la posición que él mismo había elegido.

"Temeroso Obeso de que Terán intentase algo sobre Oaxaca, dejó cien hombres en Teotitlán y se dirigió á Ayotla, atacando en la noche del 11, en dos columnas: rechazadas éstas, desfiló por unos sembrados sin suspender el fuego, y vino á colocarse á la espalda de la hacienda, sin notar que en una loma inmediata, que era la clave de la posición de aquel terreno muy fragoso, había situadas dos compañías de la infantería de Terán. A la madrugada del 12 avanzó Obeso contra el trapiche, y fué atacado á su vez por la infantería que tenía á su retaguardia; quiso entonces ocupar una altura, pero los insurgentes se apoderaron antes de ella, y en consecuencia, los realistas quedaron metidos en una hondonada y expuestos á los fuegos dominantes de sus contrarios. No tardaron en dispersarse, siendo perseguidos por la caballería de Terán, que signió el alcance hasta medio día. Obeso fué herido de un balazo en el hombro derecho, y sufrió una pérdida considerable. Esta ventaja dejó abierto á Terán el camino á Oaxaca sin obstáculo para marchar contra aquella ciudad, pero sin poder aprovecharse de esta circunstancia por las demás dificultades que lo rodeaban, lo que dió lugar á que Obeso volviese á reunir su gente y fuese reforzado por la que Samaniego le mandó de Huajuapam 1. " Los cien hombres que quedaron en Teotitlán estaban en mucho riesgo de caer en poder de los insurgentes, pero Terán no pudo hostilizarlos por tener que acudir violentamente á Tehuacán, amenazada por Bracho 2.

En efecto, este coronel, que había avanzado en su marcha progresiva hasta Tepango, juzgó coyuntura propicia para caer sobre Tehuacán y Cerro Colorado la permanencia de Terán en el rumbo del sureste, empeñado en rechazar á la sección de Oaxaca. En consecuencia, movió su fuerte columna, y el 19 de enero se hallaba al

ALAMÁN. — Historia de México, tomo IV, pág. 517.

frente de la ciudad que por tanto tiempo se sustrajo de la dominación española.

Pero Terán, ganándole en celeridad, entró en Tehuacán á las diez de la mañana de aquel día, poniendo apresuradamente en estado de defensa la parroquia, el convento de San Francisco, la colecturía vieja y el cerro del Calvario, donde situó su caballería con orden de atacar á Bracho cuando pasase cerca de esta posición. Inmediatamente después de su llegada envió unas guerrillas á la hacienda de San Lorenzo, para que hostilizasen al coronel Bracho que se había detenido en este punto, muy cercano á la ciudad de Tehuacán; pero el jefe que las mandaba y que era el portugués Camera, á quien hemos visto llegar en noviembre del año anterior en compañía del presbítero don José Manuel de Herrera 1, se pasó á los realistas y dió á su nuevo jefe amplios informes respecto de los elementos de defensa que había dentro de la plaza.

Bracho continuó su marcha y ocupó el convento del Carmen, del que hizo su cuartel general. Componíanse sus tropas del regimiento de Zamora, gran parte del de Castilla, algunos centenares de dragones de México y Puebla y varias piezas de artillería, formando un total de mil trescientos hombres. Creyendo fácil la derrota de Terán si desde luego le atacaba, el jefe realista formó sus batallones en columna y avanzó impetuosamente sobre las posiciones de los independientes al mismo tiempo que su artillería disparaba sobre ellas nutridísimo fuego. Terrible fué el asalto intentado contra el convento de San Francisco, y terrible también fué la defensa: el batallón de Castilla, arrostrando el diluvio de balas que caía de las alturas vecinas, forzó la portería y empezó á subir la escalera; allí lo contuvieron treinta hombres de la compañía de Tepeji, y fué tan ruda la lucha, y tan próximos estaban unos de otros los combatientes, que no pudiendo servirse de sus fusiles para hacer fuego usaron de ellos á guisa de garrotes y se golpeaban con furia; al cabo, los independientes empujaron con sus bayonetas y arrojaron del edificio á los soldados de Castilla, quienes se lamentaban de que el regimiento de Zamora no los auxilió en aquel encarnizado combate. Una y otra vez repitió Bracho sus ataques durante la tarde de aquel día contra las posiciones de los independientes, aunque con menos empeño que en la vez primera, y al llegar la noche retiró el grueso de sus tropas al convento del Carmen, dejando algunos destacamentos de caballería en observación de los puntos defendidos por Terán.

Era asaz difícil y comprometida la situación de este jefe, no obstante la vigorosa resistencia que acababan de

² Censurando el historiador Bustamante la marcha de Terán á Tehuacán, después de haber derrotado á Obeso en Ayotla, dice lo siguiente: «He hablado en Oaxaca con personas veraces y de buen criterio, quienes me aseguran que sobrecogidos en aquella ciudad con la derrota de Obeso y ciertos de que la división de Alvarez estaba diseminada en Teotitlán, Cuicatlán y la Mixteca, y no habiendo más que doscientos hombres mal armados en la referida capital. bien pudo Terán ocuparla sin disparar un tiro. Entonces habría venido á tierra todo el plan que el gobierno de México tenía formado para atacar la fortaleza de Cerro Colorado; habrían tardado tres meses los españoles en atacar las gargantas de las Mixtecas, que naturalmente ocuparía Terán para defenderse, en cuya sazón Mina, desembarcando el 11 de abril por Soto la Marina, de seguro que hubiese forzado al gobierno de México á llevar todas sus fuerzas al interior para combatir á este nuevo y poderoso enemigo. Hé aquí un aspecto demasiado lisonjero, pero efectivo, que sin duda habría cambiado entonces la suerte de México.» (Nota á su Cuadro histórico, tomo III, pág. 402).

¹ Capítulo II, lib. III. El traidor Camera, lejos de ser premiado por los realistas después de la ocupación de Tehuacán, fué aprisionado y mandado á España bajo partida de registro. Alamán afirma que se le envió á los establecimientos ingleses de la India, siendo difícil de explicación la facultad en virtud de la cual el gobierno vireinal envió este aventurero á una colonia inglesa.

oponer los suyos en el interior del convento de San Francisco. Creía, y con razón sobrada, que al día siguiente intentarían nuevos asaltos las brillantes tropas de Bracho, sin que los elementos de que podía disponer bastasen á contrastar por mucho tiempo á sus poderosos enemigos; separado de la fortaleza de Cerro Colorado, donde entre otros jefes se hallaban sus hermanos don Juan y don Joaquín, no era posible que de ella recibiese ningún auxilio eficaz; y no le esperaba tampoco de ningún otro caudillo, pues Osorno con pocos de su antigua y temible caballería y á la sazón en San Andrés Chalchicomula, que ocupó después de abandonarla el realista Morán, no inspiraba confianza á los de Tehuacán ni estaba en aptitud de medir sus armas con la división de Bracho. Terán reunió á sus oficiales esa misma noche, y luego que les hubo impuesto de las dificultades de la situación pidióles que acordasen la resolución más conveniente. La junta decidió que debía emprenderse desde luego la retirada al Cerro Colorado, distante una legua hacia el Este donde con mejores elementos sería posible prolongar la resistencia. Púsose en ejecución lo concertado: reunida toda la tropa y yendo á la retaguardia un grupo de caballería comenzó la marcha en la dirección convenida, pero apenas se habían separado los independientes del convento de San Francisco, los destacamentos realistas rompieron sobre ellos vivísimo fuego, la caballería de Terán huyó en distintas direcciones introduciendo la más horrible confusión en las filas de la infantería, y ésta, reducida á trescientos hombres, regresó con su jefe á la posición de San Francisco. Las otras dos, que durante el día había ocupado, quedaron abandonadas, y Terán abrigaba aún la esperanza de sostenerse algunas horas. Mandó que se distribuyesen municiones á los soldados, pero halló que las cajas estaban vacías, porque los oficiales encargados del parque, temiendo que en la salida se extraviasen las mulas de carga, repartieron los cartuchos en las maletas de los dragones que habían huído, con lo que no quedaban más que los que había en las cartucheras 1. Entonces comprendió que todo estaba perdido y que era ineludible una capitulación.

Durante las primeras horas del día 20, el cura de Tehuacán, don Francisco Bustos, fué y volvió varias veces de uno á otro campamento sirviendo de emisario de Bracho, quien al principio sólo ofrecía, en cambio de la rendición, someter á la decisión del virey la suerte final de los que entregasen las armas. Rechazó Terán una condición tan mezquina, y desdeñó también tomar en cuenta la oferta que le hizo Bracho del empleo de teniente coronel para él y el de capitán para sus hermanos. A las seis de la mañana se rompieron nuevamente los fuegos entre una y otra parte, pero una hora después cesaron del todo porque el coronel realista reanudó, siempre sirviendo de intermediario el presbítero Bustos, las nego-

ciaciones para que la capitulación se efectuase. "Tan deseoso estaba Bracho como Terán de concluirla cuanto antes, dice Alamán, pues ambos sabían que Hevia estaba en marcha para Tehuacán, y en cuyo caso recaía en él el mando como coronel más antiguo que Bracho, el cual no quería perder la gloria de la toma de aquel punto, y Terán, por el carácter conocido de Hevia, estaba persuadido que no podría conseguir de él otra cosa que una entrega á discreción. En tal disposición mutua, y después de dos conferencias personales de Bracho con Terán, quedó convenido que á éste y á don Matías Cavadas se les daría pasaporte y los gastos del viaje para cualquier país extranjero al que quisiesen trasladarse, exceptuando sólo los Estados Unidos de América; que en cuanto á los hermanos de Terán, no estando presentes no podía responder por ellos; pero que no pudiendo abandonar el país por estar casados entendía que preferirían algún pequeño empleo civil para mantenerse con sus familias; que se respetarían las personas, no sólo de los individuos que actualmente se hallasen en Tehuacán y Cerro Colorado, el cual se comprendía en la capitulación, sino también los dispersos que fuesen aprehendidos en aquellos contornos hasta quince días después de la rendición del Cerro. La suerte de los desertores europeos, de los cuales había unos cuarenta en Tehuacán, fué motivo de muchos altercados, pretendiendo Bracho que se le entregasen; pero Terán declaró resueltamente que estaba decidido á romper la negociación si aquéllos no eran comprendidos en ella, porque "era menester que todos "se salvasen ó todos pereciesen," con lo cual disfrutaron de las mismas seguridades personales concedidas á todos los demás. Terán se obligó á hacer que se rindiese el Cerro Colorado y á pacificar todo el territorio que había estado bajo su mando 1."

Mientras que en Tehuacán ocurrían tan graves sucesos, la guarnición de Cerro Colorado, minada por varios de sus oficiales, desconocía la autoridad de su comandante don Juan Rodríguez y la confería tumultuariamente á don Manuel Bedoya. Rodríguez y los hermanos Terán se sometieron á las órdenes del nuevo jefe y declararon que servirían gustosos aun en calidad de simples soldados. Pero la indisciplina había cundido ya en las filas, y aunque Bedoya y muchos de sus oficiales no estuvieron conformes con la capitulación pactada por don Manuel Terán, de la que tuvieron noticia el mismo día 20, otros incurrían en reprobados actos de insubordinación neutralizando la patriótica decisión que á los primeros animaba para continuar la resistencia: los oficiales Herrera y Torres desmontaron los cañones del reducto de Santa Ana y marcharon á la Sierra de Zongolica, seguidos de parte

¹ Segunda manifestación de Terán, folios 62 y siguientes.

¹ Alamán. — Historia de México, tomo IV, pág. 521. — Buslamante, en su Cuadro histórico, tomo III, págs. 407 á 417, edición de 1844, describe menudamente la capitulación de Terán, aunque con notables inexactitudes, no obstante haber tenido á la vista una relación escrita por ese mismo jefe y dirigida al virey Apodaca con fecha 22 de abril de 1817.

de la tropa que se llevó gran cantidad de municiones; y otro subalterno, apoderándose de un barril de aguardiente que había en la proveeduría y repartiendo su contenido á los soldados, aumentó el desconcierto y el espantable desorden que reinaban en la fortaleza. En medio de tanta confusión se reunieron algunos oficiales y acordaron que poniéndose don Juan Terán á la cabeza de los pocos soldados que quedaban se evacuase el Cerro Colorado y marchase con ellos á Tehuacán. Así se efectuó, y en la noche del día 20 fueron desarmados por los realistas en el convento del Carmen.

Tal fué el término de la desgraciada aunque hábil campaña sostenida por don Manuel Mier y Terán durante algunos días, teniendo que luchar contra fuerzas muy superiores á las suyas en número y disciplina. Cercado por todos lados desplegó todos los recursos de su ingenio para contrastar á tantos enemigos á la vez, y si en Tepeji se vió forzado á ceder, logró salvar la valiente guarnición que afrontó por espacio de varios días el incesante fuego de la artillería de Hevia. Y después de derrotar á Lamadrid lo hemos visto dirigirse con celeridad pasmosa al extremo opuesto de la zona de su mando y destrozar á la sección enemiga procedente de Oaxaca, para volver á Tehuacán, que estaba á punto de ser ocupada sin resistencia por el coronel Bracho.

Tanto esfuerzo y diligencia tanta que desplegó Terán en esta su postrera campaña no se compadecen con algunas estipulaciones de la capitulación que acordó con el jefe realista que acabamos de citar, ni mucho menos con la manifestación que hizo de preferir la expatriación \acute{a} vivir confundido con tantos malvados que habian hecho papel en la guerra de independencia. Pudo evitarse, quizás, el compromiso de contribuir á la pacificación de todo el territorio que había estado bajo su mando; no debió pretender para sus hermanos, que tan valientemente le secundaron, ningún empleo civil, ya que tuvo la entereza de no admitir el militar que para ellos le propuso el enemigo, y no correspondió á sus merecimientos renegar á la hora del desastre de los que fueron por tanto tiempo sus compañeros en la lucha y en la victoria. Y como si el gobierno vireinal hubiese querido castigar esta flaqueza, se eximió de cumplir la capitulación precisamente en cuanto á darle pasaportes y gastos de viaje para cualquier país extranjero. Terán, después de su capitulación, vivió en Puebla hasta el año de 1821 en que se incorporó al cuerpo del ejército del general Bravo 1.

¹ «La suerte de Terán en Puebla, dice Bustamante, fué bien triste: por gran favor logró entrar de escribiente ganando un peso diario en aquella Tesorería de Hacienda, y habría consumado su ruina si no lo hubiese protegido el señor Arista, secretario del gobernador Llano, español honrado y sensible que libertó de la muerte á varios prisioneros insurgentes. Así permaneció en aquella ciudad hasta la llegada del ejército del señor general Brave el año de 1821, en el que se incorporó.» Este jefe se distinguió por su indole generosa, pues mientras ejerció el mando en Tehuacán fueron pasados por las armas don Evaristo Fiallo, reo de una conspiración militar, y cinco individuos por desertores al frente del enemigo.

Quedaron destruídas por orden de Bracho las fortificaciones de Cerro Colorado, y en cumplimiento del indecoroso compromiso aceptado por Terán, éste escribió á varios jefes que habían militado á sus órdenes dándoles cuenta de la capitulación y excitándoles á rendir las armas. Pocos fueron, no obstante, los que cedieron sin intentar resistencia, y entre ellos debemos mencionar á Osorno y á sus principales oficiales, quienes enviaron desde San Andrés dos comisionados al mayor del batallón Americano don Juan Ráfols para convenir las condiciones de su sumisión. Estas se redujeron á no ser perseguidos por los hechos pasados, ni castigados los desertores que en sus filas se hallasen; á que Osorno podría retirarse á una pequeña propiedad que tenía en Zacatlán, y á que su segundo, don Fernando Franco, quedase al frente de los pocos soldados que se sometían, los cuales debían pasar al servicio del gobierno vireinal. Apodaca aprobó estas condiciones 1, y en consecuencia el mayor Ráfols entró en San Andrés el 11 de febrero de 1817 y recibió la corta fuerza de Osorno que se componía de ciento setenta y cinco hombres. Don Antonio Vázquez Aldana, que era brigadier en las filas independientes, don Diego Manilla y su hermano don Cirilo, Espinosa, y otros oficiales de menor graduación quedaron comprendidos en los convenios ajustados entre Ráfols y el antiguo guerrillero. En cuanto á éste, volvió á Zacatlán, donde vivió retirado algunos años, hasta que el recelo de los dominadores lo arrancó de aquel lugar para trasladarlo á las cárceles de la capital.

Tan pronto como quedó sometido Osorno se apresuró Llano, gobernador de la provincia de Puebla, á manifestar al virey que en toda ella habían desaparecido los partidarios armados de la revolución y que en consecuencia se iba á dedicar al arreglo de los intereses de la Real Hacienda en la zona que durante algunos años dominaron aquéllos. No pudieron decir desde luego otro tanto ni el jefe de las armas en Oaxaca ni los de las columnas expedicionarias que acababan de operar en Tehuacán, pues la reducción de las Mixtecas los ocupó algún tiempo y fatigó á sus soldados que creían poder entregarse al descanso después de la capitulación de Terán.

Gran desconcierto produjo en los defensores de la independencia que allí se sostenían la noticia del desastre de Tehuacán, y más difícil fué su situación cuando supie-

«Este, añade Alamán, y algunos pocos prisioneros fusilados en el campo de batalla, según el cruel derecho de represalias que la guerra había establecido, fueron los únicos que murieron por orden de Terán fuera de acción de guerra.»

¹ «El gobierno admitió esa capitulación, dice Bustamante, aunque no consta la respuesta decisiva del virey; tal vez entraría en su política que no quedasen constancias de esta naturaleza en los archivos del vireinato, porque era á los españoles muy bochornoso tratar con insurgentes.» El mismo autor equivoca la fecha y el lugar de la rendición de Osorno, pues dice que ésta se efectuó el 4 de febrero de 1817 en Nopalucan, no siendo sino el 11 del mismo mes y año en San Andrés Chalchicomula. Véanse, acerca de las proposiciones de Osorno y de su sumisión, los partes del mayor Ráfols publicados en los números de la Gaceta correspondientes al 8 de febrero y 8 de marzo de 1817.

ron que numerosas secciones enemigas marchaban en su contra. Sin jefe superior á quien obedecer, cada uno de los comandantes obró entonces por propia inspiración, sin concertar con los demás sus movimientos y disposiciones. Don Manuel Pérez, que mandaba en el fuerte de Santa Gertrudis, lo abandonó en los primeros días de febrero, pero fué alcanzado y hecho prisionero por algunas tropas de la sección de Samaniego, quien ordenó su inmediato fusilamiento. Al mismo tiempo don Ramón de Sesma, que defendía el fuerte de San Esteban, rechazaba varios ataques emprendidos contra esta posición por tropas de Oaxaca al mando de don Manuel Aldao, y abrumado por fuerzas superiores que llevó el teniente coronel don Patricio López se rindió por capitulación el 10 de febrero. Ocho cañones, algunos centenares de fusiles y gran cantidad de municiones fueron los trofeos recogidos por los realistas en San Esteban. También cayeron en su poder más de cien soldados, que fueron enviados á Oaxaca para quedar allí en libertad, según lo convenido, pero luego se les condujo á la fortaleza de Ulúa donde perecieron en breve término casi todos. Algunos de estos prisioneros fueron fusilados en el camino de Oaxaca á Veracruz por su conductor el capitán Ortega, á pretexto de que pretendían fugarse 1.

El comandante de la provincia de Oaxaca, brigadier den Melchor Alvarez, avanzó en persona contra Silacayoapan, cuyas fortificaciones estaban defendidas por los coroneles independientes don Miguel Martínez y don José María Sánchez, quienes rechazaron con altivez las proposiciones de indulto que se les dirigieron. A fines de febrero (1817) el brigadier Alvarez construyó cuatro reductos para batir desde ellos las fortificaciones de la plaza; pero la mejor providencia que adoptó con el fin de obligar á los independientes á rendirse fué la de interceptarles el barranco en que se proveían de agua: sedientos y torturados también por el hambre se entregaron al fin los sitiados con la sola condición de que sus vidas serían respetadas. Flamearon sobre las rendidas posiciones las banderas españolas, y los vencidos fueron inmediatamente encerrados en la iglesia del pueblo y luego conducidos á diversos lugares. Este último triunfo restableció por completo la dominación española en la provincia de Oaxaca, así como las capitulaciones de Terán y Osorno habían sujetado toda la de Puebla durante el mes anterior.

Libres con esto las tropas realistas de Oaxaca para auxiliar á las de Samaniego y Lamadrid, que operaban en la zona del sur limítrofe por el poniente con aquella provincia, pudo Alvarez enviarles un considerable refuerzo á las órdenes del teniente coronel don Pedro Marín.

Pero antes de describir esta campaña debemos relatar con brevedad las operaciones militares del constante Guerrero en los primeros días de 1817. Triunfante de Samaniego y Lamadrid á mediados de noviembre del año anterior 1, se hizo fuerte en Piaxtla, que fué el lugar en que aquéllos sufrieron rudo descalabro. No tardó en verse cercado de enemigos, y aunque resistió por más de dos meses, vióse obligado á retirarse á Azoyú donde rechazó los ataques de los comandantes realistas Reguera y Zavala. "En este último punto, dice un biógrafo del ilustre Guerrero 2, fué donde recibió una carta de Sesma en que le participaba la capitulación de Terán, quien escribía al mismo Sesma que el padre de Guerrero llevaba á éste el indulto. Convencido Apodaca de que los medios ordinarios no bastaban para someter á Guerrero, apeló á la naturaleza, y comprometió al padre del general mexicano á que éste interpusiese sus respetos y su amor para que cediese Guerrero, á quien se hacían grandes promesas. Patriota verdadero, aunque hijo obediente, Guerrero resistió á las súplicas de su padre; y viéndose aislado, pues el indulto del mismo Sesma hacía ya muy peligrosa su situación por aquellos rumbos, se internó por la Mixteca disponiendo que su teniente Juan del Carmen ocupara Xonacatlán» (á mediados de febrero).

En tanto que Guerrero afrontaba con tanta intrepidez la airada fortuna, algunos de los comandantes que
obedecían sus órdenes eran derrotados por el realista
Armijo, quien se hizo dueño sucesivamente de Ostocingo;
del Cerro del Alumbre, defendido por el teniente coronel
don Miguel Alvarez Almanza, y donde cayó en manos
del vencedor la bandera del famoso regimiento de San
Pedro formado por el bravo Matamoros ³; de Tecolutla,
y del cerro fortificado de Santo Domingo de Jaliaca
(febrero de 1817).

Situado Guerrero en Xonacatlán moviéronse en su contra Samaniego y Lamadrid, reforzados, como hemos dicho ya, por tropas enviadas de Oaxaca al mando del teniente coronel Marín. Aumentaron las filas realistas una sección enviada por Armijo y otra de patriotas realistas de Ometepec, con las que ascendió á dos mil hombres el número de los sitiadores. "Pusieron los enemigos, dice el mismo Guerrero 4, un asedio tan formal contra mi campo, que aunque lo resistí por mucho tiempo, fué preciso ceder á la fuerza, abandonándoles la plaza, tanto por la escasez de víveres y agua, como por falta de municiones que se consumieron, viéndonos á lo último forzados á hacer cortadillos de cuanto hierro y cobre teníamos. Emprendimos una retirada en orden (30 de

¹ Bustamante. — Cuadro histórico, tomo III, pág. 419. — Alamán. — Historia de México, tomo IV, pág. 528. El primero de estos autores dice que don Ramón de Sesma, pocos días después de su capitulación, fué enviado á Filipinas, donde murió. El destierro de Sesma fué ordenado y llevado á cabo, en efecto, por el gobierno vireinal, pero algunos años después.

¹ Capítulo II, lib. III.

² Don José María Lafragua. — Hombres ilustres mexicanos, tomo IV, pág. 306.

³ Véase en el tomo V, pág. 2 del Cuadro histórico de Bustamante una extensa relación de la toma del fuerte del Alumbre.

⁴ Comunicación dirigida á la Junta de Jaujilla por el general Guerrero, desde Ajuchitlán y con fecha 20 de junio de 1817. — Bustamante. — Cuadro histórico, tomo V, pág. 4, y Hombres ilustres mexicanos, tomo IV, pág. 309.

marzo), pero al romper la línea de circunvalación se me dispersó alguna tropa. No obstante esto, me dirigí á la sierra, y en el punto llamado de Potladeje, reunidos más de quinientos hombres con sus armas, pero sin pertrechos, y además perseguidos por otras partidas, se dividieron en trozos por diferentes direcciones para obrar como pudiesen." En una de las salidas de la guarnición de Xonacatlán, en los treinta días que duró el sitio, halló la muerte el denodado Juan del Carmen, antiguo comñero de glorias y peligros de Guerrero 1. Este marchó con muy pocos soldados á la provincia de Veracruz. "para conferenciar con el señor Victoria, dice en el oficio que dirigió á la Junta de Jaujilla, solicitar algún parque, traer mil fusiles que tenía allí comprados, y acordar lo conveniente á las operaciones militares. " En la cañada de Ixtapa fué atacado por fuerzas superiores, y obligado á vagar por algún tiempo á orillas del Mexcala, en medio de incesantes peligros y perseguido vigorosamente por Armijo. Hacia mediados de junio (1817) se detuvo en Ajuchitlán, y desde allí escribía al presidente de la Junta de Jaujilla la carta que hemos extractado, asegurándole de su adhesión y manifestando que estaba dispuesto á continuar peleando con el mismo ardimiento.

Rudos encuentros hubo también en la provincia de Veracruz durante los primeros meses de 1817, pues se combatió desde el centro hasta la remota Huasteca, triunfando siempre los dominadores. El guerrillero Miguel Montiel, con un escuadrón que formó en los pueblos esparcidos por las quebradas de Maltrata, fatigó con sus frecuentes sorpresas á la guarnición de Orizaba, compuesta en aquella época del batallón de Navarra. A Montiel, que falleció de muerte natural, sucedieron los Coutos (don Antonio y don Ignacio), quienes siguieron hostilizando á esa villa hasta obligar al coronel de Navarra, don José Ruiz, á salir en su seguimiento derrotándolos en la barranca de Tomatlán el 9 de febrero. Dispersas allí las fuerzas levantadas por los Coutos, éstos se retiraron á Quimixtlán, donde fueron de nuevo derrotados por el capitán realista don Antonio Amor. Pronto se rehicieron de tan continuos descalabros, y uno de los dos hermanos (don Ignacio) aumentó las obras defensivas del fuerte-de Palmillas, donde sostuvo con intrepidez un riguroso asedio algunos meses más tarde.

En Huatusco y los profundos barrancos que le rodean, formados por las ramificaciones de la gran cordillera oriental paralela á las costas del Seno Mexicano, hallábanse esparcidos gruesos destacamentos que obedecían al general Victoria, y la guarnición del primer

punto se formaba de un batallón levantado por este caudillo de la independencia con el nombre de la República. Recibió orden el coronel realista Hevia de someter toda esa comarca, y en consecuencia salió el 16 de febrero de la villa de Córdoba, pasó por Coscomatepec, y al día siguiente entró en Huatusco, dispersándose muchos de sus defensores, y huyendo otros á las intrincadas asperezas del Chiquihuite. Densas columnas de humo se elevaron en esos días por los bosques y hondonadas de aquel quebrado suelo, indicando el bárbaro incendio de los poblados, ordenado por Hevia al compás de los fusilamientos de los prisioneros que iba haciendo en su devastadora correría. A fines de febrero se dirigió á batir la fortificación del cerro del Chiquihuite, consistente en fuertes estacadas que lo cruzaban en distintas direcciones y en robustos parapetos que defendían el puente echado sobre el río de su nombre, para defenderlo por sus dos lados, el de Veracruz y el de Córdoba. Hevia no se atrevió á atacar de frente tan formidables posiciones; dispuso que tres compañías de su división vadeasen el río una legua hacia abajo, y que atravesando un fragoso bosque cayesen por la izquierda de la fortificación de los independientes. Estos se desconcertaron al sentir tan atrevida maniobra, y el 27 de febrero abandonaron sus obras defensivas replegándose al fuerte de Palmillas. Hevia desistió por entonces de emprender la reducción de este abrupto peñasco y se ocupó en guarnecer los pasos y desfiladeros que conducían á ese último refugio de los insurgentes en el centro de la provincia. En combinación con Hevia, el coronel Morán recorrió en marzo y abril las dilatadas faldas del Citlaltepec, que se pierden en las llanuras de la provincia de Puebla, y allanó por medio de sus oficiales Zarzosa y Ráfols las fortificaciones del cerro de la Fortuna y del cercano pueblo de Quimixtlán, donde el guerrillero Andrés Calzada se defendió con valor y constancia. Vencido y forzado á huir por los montes fué vivamente perseguido por las tropas de Morán que al cabo lo aprehendieron en unión del capitán Espinosa, y ambos recibieron con serenidad la muerte en San Andrés Chalchicomula 1.

Activa fué también la campaña que al mismo tiempo dirigía en el norte de la provincia el coronel don Benito Armiñán, jefe del batallón de Extremadura, á quien auxiliaba con eficacia el sanguinario Llorente, comandante de partidas realistas en el distrito militar de Tuxpam. Este último se apoderó el 24 de febrero del puerto de Nautla, y Victoria, que lo defendía personalmente, se retiró con algunas fuerzas á Misantla, donde le siguió Armiñán en combinación con el coronel Márquez Donayo, que hacía algún tiempo se hallaba acantonado en el pueblo de Actopan. Durante muchos días Victoria sostuvo

¹ Durante el asedio de Xonacatlán, y luego en la persecución que sufrieron sus defensores, lograron los realistas hacer ciento quince prisioneros, entre ellos diez y ocho oficiales. Estos fueron pasados por las armas y los soldados diezmados, siendo llevados los restantes en cuerda á Huajuapam. Se ve, pues, que la orden de Apodaca para que los comandantes de división no fusilasen arbitrariamente á los prisioneros no era cumplida en muchos casos.

¹ Según Bustamante (Cuadro histórico, tomo V, pág. 30), el guerrillero Calzada fué aprehendido por los soldados de Morán cuando marchaba á acogerse al indulto.

renidísimos encuentros con las tropas realistas de uno y otro coronel, y al pasar Márquez Donayo el río de los Pájaros, lo mismo que al bajar el barranco de Chiconquiaco, fué reciamente escarmentado por los independientes que mataron á muchos de sus soldados. Continuaron aquéllos su movimiento retrógrado, y al llegar á Misantla volvieron á hacer frente á las divisiones ya unidas de Márquez y Armiñán. "Márquez, dice el autor del Cuadro histórico, se creyó perdido ese día, y seguramente hubiera sido destruído si no se retirara Victoria, urgido del deseo de auxiliar violentamente á sus comandantes amagados á la sazón por Hevia en el rumbo de Huatusco y Chiquihuite. También Armiñán se queja en su parte oficial del tenaz fuego que al abrigo del bosque se hizo en el último paso del río, muy inmediato á Misantla. El realista Llorente salió herido en la refriega porfiadísima de ese día, y Victoria estuvo á punto de perecer de una bala de cañón, que arrancó parte del sombrero que llevaba. Márquez Donayo decía algún tiempo después en Veracruz que esta expedición había sido la más gloriosa y difícil de su carrera militar. ¡Lástima grande que tanto valor nuestro no estuviese secundado por un plan seguro y metódico que afirmara la posesión de aquellos puntos tan interesantes 1." Márquez Donayo volvió hacia mediados de marzo (1817) á sus acantonamientos de Actopan y Jalapa, en tanto que Armiñán regresaba á la Huasteca y proseguía difícil y fatigosa campaña en el distrito de Coyuxquihui. En cuanto á Victoria, sabedor de los desastres sufridos por los suyos en el Chiquihuite y otros puntos del centro de la provincia, acampó por entonces con pocos soldados en el Alto del Tisar, punto no muy distante de Misantla.

Esta sucesión de descalabros produjo en las filas independientes que batallaban en la provincia el natural desaliento, y algunos se acogieron al indulto creyendo perdida para siempre la causa que habían defendido. Otros, forzados por la necesidad y estrechados por los movimientos de las tropas realistas, se presentaban á hacer su sumisión con protestas más ó menos fingidas de sentimiento por el participio que habían tomado en el movimiento insurreccional. Entre estos últimos debemos citar al abogado don José Sotero de Castañeda, que había ejercido cargos y empleos de alta importancia en el gobierno de la revolución. Al presentarse á Márquez Donayo en Actopan (provincia de Veracruz) le entregó la siguiente representación dirigida al virey:

«Excelentísimo Señor: Penetrado de dolor y convencido por la triste experiencia de seis años de que la felicidad social no puede conseguirse ni prefijarse entre los horrores de un tumulto popular, impolítico y bárbaro, si no es bajo la protección de un gobierno pater-

nal, de unas leyes sabias y de un orden general en todos los ramos de la administración pública, resolví al fin acogerme á las banderas respetables del augusto, del benigno, del piadoso monarca, del Señor Don Fernando VII de Borbón, á quien protesto servir con tanta fidelidad y adhesión como fué mi ceguedad en agraviarlo, para que entienda todo este reino que si me obstiné en mis errores, tengo carácter para deponerlos y abjurarlos; y que si ha sido enorme el crimen es mayor, más sincero y más cordial mi rubor y arrepentimiento.

» Yo suplico à V. E. con encarecimiento que reciba benignamente mis votos y que me conceda su superior licencia para dirigir en primera ocasión hasta los pies del trono de mi ofendido rey la más sumisa representación que pienso hacerle, en justo y debido desagravio de su sagrada persona y de sus vulnerados derechos, para tranquilizar de alguna manera los sentimientos imponderables de mi corazón, angustiado amarguísimamente.

»; Feliz yo si con mi ejemplo logro que algunos de mis descarriados paisanos, que fueron mis compañeros, detesten su extraviado sistema, y que, reconciliados con nuestro legítimo gobierno, contribuyan á la pacificación general de esta América!

»Dios guarde á V. E. muchos años.—Actopan, 17 de Marzo de 1817. Excelentísimo Señor.—*Lic. José Solero* de Castañeda.—Excelentísimo Señor virey Don Juan Ruiz de Apodaca ¹.»

El historiador Alamán presenta este rasgo de flaqueza como prueba de la convicción que tenian los hombres honrados y sensatos del partido insurreccional de la absoluta imposibilidad de obtener la independencia con los medios y personas empleados para ello. Pero este escritor destruye la fuerza que pudiera tener su rotunda afirmación diciendo, en el mismo párrafo que la contiene, que la exposición dirigida por Castañeda al virey manifiesta el grado de angustia á que se hallaban reducidos los insurgentes por efecto de la activa persecución que les hacían los jefes realistas. Al miedo, pues, y no á la convicción que supone el defensor del absolutismo, debe atribuirse en muchos casos la presentación de los partidarios de la independencia

¹ Esta representación se halla en el Apéndice del tomo IV de la *Historia de México*, por Alamán, así como la comunicación que con este motivo dirigió Márquez Donayo al virey, que dice así:

«Exmo. Señor: El reconocido (indultado) don José Sotero de Castañeda que se me presentó con su familia al indulto, acaba de entregarme la adjunta representación para que la dirija á las superiores manos de V. E. Este hombre desgraciado, que lleno de lágrimas es un pregonero del crimen que cometió con tanta ofensa al rey nuestro Señor (Q. D. G.), aconseja á todos, como lo verificó desde este pueblo por escrito á Victoria, dejen el abominable partido de la rebelión; y queriendo dar las mayores pruebas del amor y reconocimiento á la justa causa del rey, pide á V. E. le conceda la gracia que solicita de su clemencia, y que deseando acreditarse en el servicio de Su Majestad, se digne destinarlo en lo que fuere de su superior agrado.

»Yo, por mi parte, Señor Excelentísimo, suplico á la bondad de V. E. se digne atender las peticiones de este infeliz, que siendo un hombre de buenos principios y acomodado por su ejercicio de abogacía, se mira en el día con su familia en la más amarga situación, emanada de los más errados é imprudentes cálculos tumultuados por otros, que ya acabaron sus días en medio de sus crímenes y rebeldes ideas. Dios guarde á V. E. muchos años. Actopan, marxo 17 de 1817. — Exmo. Señor. — José Joaquin Márquez Donayo. — Exmo.

Señor virey don Juan Ruiz de Apodaca.»

¹ BUSTAMANTE. — Cuadro histórico, tomo V, pág. 31. Alamén sigue en su relación á Bustamante, pero según su sistema, no omite detalle alguno referente á los movimientos de las tropas realistas y calla todo lo que de algún modo realza el valor y esfuerzo de los independientes.

que solicitaron el indulto precisamente cuando más estrechados se hallaban por la persecución de sus contrarios, no habiendo dado ese paso en los tiempos de próspera fortuna para las armas de la independencia. Por lo demás, ningún partido, por numeroso que sea, ninguna causa, por nobles y levantados que sean los ideales que se promete realizar, puede enorgullecerse de contar un mártir ó un héroe en cada uno de sus afiliados y propugnadores. Verdad es también que el abogado Castañeda pudo haber salvado su existencia sin el sacrificio completo de su propia dignidad.

Con más decoro, y obligado también por la adversa suerte, se acogió al indulto en esa época don Carlos María de Bustamante, quien salió de Tehuacán algún tiempo antes de que la ocupasen las tropas vireinales con el propósito de embarcarse en Nautla para los Estados Unidos de América. En camino para este puerto, supo que había sido tomado por Llorente, y que Márquez Donayo avanzaba hacia el lugar en que él se hallaba. Ocupadas las villas por los enemigos, Topete y Santa Anna vigilando y recorriendo incesantemente las costas, numerosas partidas de patriotas realistas, que en sus correrías aprehendían á todos los insurgentes dispersos, le cerraban toda senda para escapar de los peligros que le amenazaban; y aumentaba su difícil situación el despojo que sus mismos criados le habían hecho llevándose sus mejores caballos. Forzado, pues, por la extrema necesidad, se presentó el 8 de marzo al comandante del destacamento de Plan del Río solicitando indulto. De allí marchó á Veracruz, siempre animado del propósito de embarcarse, y ya á bordo del bergantín inglés Bear fué aprehendido de orden del virey por el comandante del puerto y encerrado en la fortaleza de Ulúa, donde fué tratado con excesivo rigor, aunque después de algún tiempo se suavizó su prolongada prisión 1.

Apodaca había publicado una proclama el 30 de enero de aquel año y un decreto en que concedía un nuevo indulto en nombre de su soberano; en el primero de esos documentos, después de exponer los males causados por la revolución, impulsada, según decía, por los errores de los falsos filósofos, y de enumerar los triunfos alcanzados por los soldados del rey, excitaba á los independientes á someterse á la obediencia de Fernando VII, soberano lleno de virtudes, decía, y que los trataría con la benevolencia de padre; y los conjuraba á olvidar la distinción pueril de provincias y reinos y á ser españoles de corazón como ya lo eran de hecho; pero al concluir intimaba con todo el rigor de las leyes á los que no soltasen las armas de las manos; "amenaza, añade Alamán, que el virey tenía entonces todos los medios necesarios

para reducirla á efecto, por la gran fuerza de que podía disponer 1."

Grande fué, en efecto, el número de los que entonces se acogieron al indulto, debiendo jurar nuevamente fidelidad al rey y recibiendo, en cambio, un documento firmado por el virey, en el que se estampaba la filiación del indultado.

Debemos volver ahora nuestra atención hacia el interior de Nueva España, donde ocurrieron sucesos importantes en los cinco primeros meses de 1817. En la provincia de Valladolid no fué bastante la rendición de Cóporo para que se sometiesen varias partidas que la recorrían en distintas direcciones. La que comandaba el presbítero don José Antonio Torres sorprendió el pueblo de Tangancícuaro y mató á los patriotas realistas que lo guarnecían, y la que obedecía á Sánchez, presbítero también, asaltó y tomó tras sangriento y reñido combate un convoy que marchaba de Valladolid á Pátzcuaro. Este hecho de armas ocurrió á tres leguas escasas de la primera de estas ciudades, capital de la provincia donde residía á la sazón el comandante militar don Antonio Linares, á cuya imprevisión se achacó fundadamente tamaño desastre. El virey dispuso entonces que el vencedor de Cóporo, don Matías Martín de Aguirre, quedase al frente de la provincia de Valladolid, y ordenó á Linares que marchara á ejercer el mando de la ciudad de Guanajuato. El de la provincia de este nombre había sido confiado al coronel don Cristóbal Ordóñez desde los últimos meses de 1816 2.

Aguirre desplegó grande actividad en la persecución de las guerrillas insurgentes, de las que unas fueron empujadas hacia tierras de la vecina Nueva Galicia y otras se refugiaron en las cercanías de la laguna de Zacapo. Cerca de Tacámbaro, sin embargo, se sostuvo con valor durante algún tiempo, y acompañado de muy pocos, el mariscal de campo don Víctor Rosales; sorprendido el 20 de mayo (1817) por el comandante Barragán, se encerró en la casa del rancho de la Campana, defendiéndose con tanto brío, que mató é hirió á varios de los dragones de la tropa realista, hasta que sucumbió él mismo acribillado de mortales heridas. Unido al heroico fin del constante y denodado Rosales debemos consignar el indulto de don Manuel Muñiz, quien se presentó cerca de Pátzcuaro al comandante Barragán en la primera quincena de mayo. La rivalidad entre él y Rosales, pues que ambos pretendían ejercer el mando superior en la provincia de Valladolid, parece haber sido el motivo que lo decidió á someterse. Así se desprende del parte de Barragán, quien dice que Muñiz, inmediatamente después de indultado, lo guió por senderos extraviados hasta el rancho de la Campana, donde se hallaba el infortunado Rosales, y al hablar del desesperado combate que allí se

³ Capítulo II, lib. II, hacia el final.

¹ Alamán afirma que entre los que en esa época se acogieron al indulto en la provincia de Veracruz deben contarse el capitán Vergara, el chino Claudio y el cura de Maltrata, Fuentes de Alarcón. Respecto de este último, dice Bustamante que, lejos de acogerse al indulto, se retiró á las montañas de Quimixtlán, donde se ocultó algunos años ejerciendo el oficio de carbonero.

¹ Véase esta proclama en el Cuadro histórico de Bustamante, tomo V, págs. 54 à 57.

empeñó, añade el jefe realista las siguientes palabras, que aumentan la triste celebridad del ejecutor de las bárbaras matanzas de Valladolid y Guadalajara ¹: "el indultado don Manuel Muñiz hizo prodigios de valor y lo mismo su asistente, que salió herido de gravedad."

En la provincia de Guanajato varias de las guerrillas que obedecían al padre Torres se hicieron fuertes en el cerro de San Gregorio, no muy distante del pueblo de Pénjamo, y desde allí recorrían el ancho Bajio en combinación con las partidas de don Pedro Moreno, dueño del cerro del Sombrero, en la serranía de Comanja 2, las cuales llegaban en sus correrías, por el oriente hasta los Altos de Ibarra, y por el rumbo contrario á tierras de Zacatecas. Pero más incómodos enemigos para el gobierno vireinal eran los insurgentes que situados en la Mesa de los Caballos, al norte de la misma capital de la provincia, mantenían en constante agitación la importante zona de Dolores y San Felipe, comunicándose con los independientes de Tovar, en la serranía de Jalpan, y con los que acaudillaba el doctor Magos, en las montañas de Jacala. Urgió el gobierno al coronel Ordóñez para conquistar la Mesa de los Caballos, y éste salió de Guanajuato en los primeros días de marzo (1817) al frente de una división de dos mil hombres, en cumplimiento de las órdenes apremiantes de Apodaca.

La posición que acabamos de nombrar, ocupada á la sazón por el padre Carmona, Encarnación Ortiz y Núñez, que obedecían á la junta de Jaujilla, es, en efecto, una meseta de dos leguas de circunferencia y que se levanta sobre las llanuras y montañas inmediatas. "Su posición, decía el capitán de artillería Bolufer al coronel Ordóñez, dominante á todo otro cerro circunvecino, su planicie en la parte superior, la abundancia de madera, que ofrece carbón y leña á sus defensores, la proximidad de manantiales de agua, la facilidad de ofender desde su encrespada cresta á los que emprendan la subida en sus partes más accesibles, y las profundas barrancas que la ciñen y que impiden la aproximación de las baterías destinadas á atacarla, son otros tantos motivos para hacer presente á V. S. que si dicha posición y la dirección de sus obras recayesen en sujeto inteligente en el arte de fortificar, se pudiera con razón llamar de primer orden y cuasi inconquistable, á menos que se hicieran muchos sacrificios de tropas y caudales 3." Los independientes que la defendían aglomeraron grandes cuartones de roca sobre la ceja de la mesa para hacerlos rodar sobre los asaltantes, y en los puntos más débiles levantaron reductos artillados, llegando á doce el número de sus cañones.

Ordóñez dispuso el asalto, y el 4 de marzo se lanzaron al ataque las columnas mandadas por Orrantia y Pesquera, pero fueron rechazadas con pérdidas consideTambién en la vecina Sierra Gorda se habían meneado las armas con estrépito, y el insurgente Tovar, desalojado de sus posiciones del cerro de la Faja desde diciembre de 1816², era perseguido sin tregua por el capitán don José Cristóbal Villaseñor, feroz jefecillo que dejaba sangre y desolación donde quiera que asentaba sus plantas, y quizás por eso es admirado por el historiador Alamán, quien hace su biografía desde la época en que

rables. Engrosadas las tropas realistas con la sección del teniente coronel Castañón, que llegó después de tan sangriento descalabro, ordenó Ordóñez nuevo asalto el día 10, y al efecto repartió sus soldados en tres columnas, mandadas respectivamente por el coronel Orrantia y los tenientes coroneles Castañón y Pesquera, quedando una de reserva á las órdenes del mayor don Juan Miñón. Fué la acometida impetuosísima y la resistencia obstinada y valerosa. La columna de Castañón fué la primera en trepar á la cima, siguiendo siempre á su bravo comandante, que se abrió paso por las troneras de los baluartes que defendían la entrada principal; las otras dos llegaron á su vez, y entonces se trabó en la meseta una lucha desesperada, en la que combatieron con furor hasta las mujeres que se hallaban en el campamento de los insurgentes. Estos, sin embargo, embestidos por todos lados cedieron al fin, y los que no sucumbieron en la refriega hallaron la muerte en los precipicios que rodean la mesa ó fueron pasados luego por las armas, siendo muy corto el número de los que escaparon ilesos. "En ninguna parte, dice el panegirista de la dominación española, se habían manifestado tan desapiadados los vencedores: todos los que se encontraron en la mesa, de toda clase y sexo, fueron pasados á cuchillo, escapando con vida muy pocos de los que, por librarse de la matanza, se arrojaron al precipicio que circunvala la mesa." Fué también considerable la pérdida de las tropas realistas, pues según el parte de Ordóñez, tanto en este combate como en el del día 4, ascendió aquélla á doscientos hombres entre muertos y heridos, siendo uno de éstos el teniente coronel Castañón 1. Tanta importancia dió el gobierno vireinal á esta victoria que propuso al supremo de España se concediera á Ordóñez el grado de brigadier y á Orrantia la cruz de comendador de la orden flamante de Isabel, y en virtud de la autorización que tenía para otorgar grados militares de coronel abajo, ascendió á ese empleo á Pesquera y á Castañón, y al inmediato correspondiente á los oficiales que combatieron en las dos acciones de la Mesa de Caballos. Por su parte, la junta de Jaujilla premió el valor desgraciado dando el grado de brigadier al padre Carmona.

¹ Véanse págs. 162 y 189. — Rosales fué declarado benemérito de la patria en 1823.

² Véase final del capítulo XIV, lib. II.

³ Bustamante. - Cuadro histórico, tomo IV, pág. 299.

¹ Dolióle seguramente á Alamán asentar ese número, y no obstante que tuvo á la vista el parte de Ordóñez, lo redujo á la mitad: «La pérdida de los realistas fué de unos cien hombres entre muertos y heridos en ambos ataques, etc.» — Historia de México, t. 1V, pág. 544.

pág. 544.

² Véanse los pormenores de esta operación militar en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo V, pág. 49.

era sargento de una compañía presidial en las Provincias internas de Oriente. Tovar logró escapar de Villaseñor, pero para caer prisionero en manos del teniente coronel de la Torre y Cuadra, por cuya orden fué fusilado en *Monte del Negro* el 15 de abril de 1817.

Al espirar ese mes llegó á Veracruz la fragata de guerra Sabina trayendo á su bordo al mariscal de campo don Pascual de Liñán, nombrado subinspector de las tropas del rey en Nueva España, y al regimiento de infantería de Zaragoza, cuyo jefe era el brigadier don Domingo Estanislao de Loaces. No venía precedido de renombre el mariscal Liñán y aun se le motejó por la apostura de su persona y el lujo y aseo de su traje, censura pueril que enmudeció luego ante la conducta caballerosa y las dotes militares que desplegó en breve, con motivo de la expedición del arrojado Mina. Un mes antes de la llegada de Liñán á la capital salía de ella el mariscal Cruz con dirección á Guadalajara, su antigua residencia. Ya hemos visto que duraba aún el asedio de la isla de Mexcala

cuando fué llamado por el virey Apodaca, de orden del gobierno de la metrópoli, con el fin de arreglar las diferencias que entre ambos se habían suscitado. Rendida la isla y dejando el gobierno interinamente al brigadier Negrete, Cruz marchó á la capital; "pero su viaje, dice Alamán, no produjo el fruto que se había esperado, y después de varias conferencias, en que fué poco considerado por el virey, regresó á Guadalajara el 9 de abril, quedando ambos jefes poco satisfechos el uno del otro."

Tal era la situación de Nueva España al terminar el primer tercio de 1817. Rudos fueron los desastres que durante ese período de cuatro meses sufrieron las armas de la independencia, y cuando el gobierno vireinal se prometía destruir en breve á los últimos propugnadores de la revolución, un nuevo y terrible caudillo se presentó á combatirle y á infundir más vigorosas esperanzas en los ya desalentados defensores de la libertad mexicana.